

Buenas noches,

Si no es mucho pedir les voy a sugerir que por un instante cierren los ojos.

Imagínense en el interior de un avión, ya sobre las nubes, de noche, con la cara y la luces reflejándose en la ventanilla y los ojos perdidos en la nada.... Siga con los ojos cerrados... solo el rugido de las turbinas, el barullo de los pasajeros y usted...

ÁFRICA

Ahora estamos en igualdad de condiciones. Yo también tengo los ojos cerrados.

Permanente, hay un ruido de motor de fondo y mucho, mucho bullicio.

Estoy apoyado en la ventanilla del avión de la compañía Iberia que me lleva desde Gran Canaria a Dakar, en menos tiempo que un vuelo hasta Madrid (África tan cerca y tan lejos a la vez). Nos trasladamos a principios de noviembre de 2006. Y me encuentro allí dentro, lleno de miedos y prejuicios, incluso después de haberme pasado años viendo pieles mucho más oscuras que la mía, y escribiendo historias más o menos terribles que me contaban los afortunados desheredados que llegaban vivos a nuestras playas y costas, como ahora mismo sigue ocurriendo. Y ahí estaba, en el avión, las luces apagadas, rodeado de personas negras, que hablaban todos a la vez en un volumen que nosotros consideraríamos casi gritar. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Dónde me había metido y por qué?

Tuve la suerte de conocer un país llamado Senegal de la mano tres personas maravillosas: el mítico corresponsal de la Agencia EFE Saliou Traoré, y el profesor Amadou Ndiaye, que enseñaba literatura española y canaria en la Universidad Cheik Anta Diop de Dakar. Y en su casa vi volúmenes de JJArmas Marcelo, Fernando Delgado, Luis León Barreto, Luis Feria, Juan Cruz... Y ahora me adentraba por carreteras muchas veces mejor asfaltadas que nuestra colapsada autopista en compañía de Ousseynou Gueye un guía de sonrisa permanente lector del Quijote con una risa contagiosa y alegre.

En aquella ocasión fui a terminar una historia muy triste, que muchos conocerían por mis crónicas en El País, a entrevistar algunas de las familias de los chicos que embarcaron en un yate, murieron en alta mar y solamente once de sus cuerpos aparecieron momificados en la isla caribeña de Barbados, en América.

LA GACETA

Yo no tenía que haber estado en Senegal aquellos fríos días de noviembre del año 2006, si 17 años atrás no hubiera ocurrido una de esas casualidades que te cambian la vida para siempre...

A principios de septiembre de 1989 me enrolé de voluntario en un buque escuela. Solo conocía a los capitanes, los hermanos Carmelo y Martín Rivero, entre los mejores periodistas de toda Canarias, míticos corresponsales de El País con Zenaido Hernández durante casi 20 años, creadores de un estilo informativo propio en Radio Club, con una cabeza en la que cabía una biblioteca entera y autores de libros superventas. Para mí, todo era nuevo. Por fuera, aquel mascarón diseñado por el arquitecto Carlos Schwartz lucía desafiante, imponente. Cuando crucé la escotilla, descubrí con asombro que estaba completamente vacío por dentro, excepto una mesa para una secretaria que parecía una modelo de película, una pin up inspirada en la iconografía de Pearl Harbour y, al fondo, un despacho del que salía humo, que cualquiera habría confundido con la sala de máquinas, pero que en realidad era el despacho de dos directores que fumaban sin parar.

Ese fue mi primer día en La Gaceta de Canarias. Como todo es susceptible de empeorar, tras pasar el visto bueno de los directores, crucé un marco sin puerta que daba a un enorme salón, al puente de mando, un espacio vacío salpicado por unas pocas mesas y sillas. Eso iba a ser las secciones del periódico; una isla para política, otra para Economía, otra de Deportes, la de los maquetistas y correctores... Y el grupo al que yo me acercaba tímido, que escribiría sobre información local. De ahí solo se escuchaba una voz. Había chicas y chicos todos muy jóvenes y un señor que ya entonces me pareció muy mayor dando voces, que no paraba de hablar. Siguiendo el símil de la marina podía haber sido aquel sargento de hierro de la película Oficial y Caballero. Pero el hombre que tenía enfrente en aquel momento ni era alto, ni robusto, ni negro, ni entonces, solo entonces, yo tampoco era Richard Gere.

Me acerqué poco a poco y, cuando el señor me vio, interrumpe su monólogo y me dice enérgico “y tú quién eres?”. Y cuando le digo mi nombre y apellido solo se le ocurre decir “Madre mía, otro más!!! bienvenido al club de los enchufados; a ver qué saco yo de todos ustedes; una cosa les digo bien clarita, ¿me escuchan? Me da igual cómo se llamen, quiénes sean ni de dónde vengan; aquí se viene a trabajar y el que no valga, ahí tiene la puerta”... Y ese fue solo mi primer día de trabajo.

Me ocurrió de todo en muy poco tiempo: un gran empresario (que aún hoy lo es y más grande) intentó convencerme que dejara de escribir sobre su negocio mientras a su guardaespaldas se le caía un cuchillo al suelo de casualidad; el gobernador civil de entonces (que, las vueltas de la vida, ahora es el portavoz de mi Gobierno) me llamó a su despacho, descubrí que antes de Ricardo Melchior existía en esta isla un proyecto de tren en El Tanque y aprendí que debía buscar una noticia donde aparentemente no la había, o no querían que la encontráramos, incluida en la tapa de una alcantarilla.

Con los años, jamás habría escrito del caso Maxwell, ni habría entrevistado a un Jacques Cousteau, ni habríamos ayudado a Greenpeace en su lucha contra el buque de plutonio que cruzó aguas de Canarias, ni habríamos escuchado los sueños rotos de otros refugiados víctimas de una guerra en Europa, como ahora los ucranianos, pero aquéllos procedentes de Bosnia que acogió el Club de Leones de Icod.

Ni me habría embarcado en el avión de Iberia que me llevaba a Dakar aquella fría noche de noviembre de 2006 si en aquellos primeros meses de La Gaceta de Canarias Salvador Pérez no me hubiera dado unas alas tan enormes como las de aquel avión que me llevó a África por primera vez. Él me hizo creer que podría alcanzar todo aquello que me propusiera, que los únicos límites serían los que me impusiera mi cabeza. Fue un coach antes de que existieran los coach y aún hoy, él y Aurora siguen siendo dos personas vitamina, como las denomina la psiquiatra Marian Rojas Estapé, que con solo una palabra, una caricia o una mirada me alimentan, nutren, aportan, enseñan, iluminan.

LA GUANCHA

Y como me pasó en Senegal con el corresponsal Saliou Traoré, el profesor Amadou Ndiaye y mi guía Ousseynou Gueye, yo tampoco conocí La Guancha hasta que llegó Salvador Pérez a mi vida. Por supuesto había estado antes aquí, ... y había pasado de largo. Soy viajero antes que turista y no he conocido de verdad un lugar hasta que hablas y haces amistad con sus gentes, con mujeres, hombres y niños, hasta que te invitan a sus casas, comes de lo suyo y te acercas lo suficiente para que su aroma siempre te recuerde a ellos por muchos kilómetros y años que nos separen.

Para que este señor tampoco se dé tanto tono esta noche, conocer La Guancha, al menos para mi, también es el potaje de coles de Aurora, esa mujer excepcional, una auténtica gallina clueca que tiene que estar enterada y preocupada del mínimo detalle de tu vida, son las flores exuberantes de su jardín, eran Carlos y Beatriz, y son Juan y Toña, Sari, y Jerónimo, ese faro de miles de jóvenes que harán de Canarias un tierra mejor, y Patricia y ahora

Aurora, la chica. Y mi querido Cuco, y Luciano Alberto y otros guancheros de adopción como Luis Balbuena, Miguel, Gabriel y Elena, Juan y Juani, Montse, Vicente Pérez...

SAVADOR

Como estamos entre amigos y en confianza, les confieso que temía que esta fuera una intervención demasiado íntima y personal.

Me imagino que esta noche se recordará con más solemnidad, pero me permito recordar que, desde muy joven, Salvador Pérez ya escribía crónicas de partidos de fútbol de algún equipo de La Guancha que entrenaba en alguna huerta y competía en Icod. Fue un matraquilla reivindicando la construcción de un campo de fútbol en el pueblo.

Cubrió numerosos eventos deportivos, como colaborador y corresponsal de un medio de comunicación que se convirtió en un auténtico referente en los años más difíciles de esta tierra, el semanario deportivo Aire Libre, de cuatro a ocho páginas, dirigido por el portero del CDTenerife Julio Fernández, que se imprimía en El Día y llegó a publicar 1.127 ejemplares entre el 6 de septiembre de 1943 y el 26 de abril de 1965. Además de información deportiva sobre fútbol, natación, boxeo, lucha, incluía referencias al cine, teatro e incluso caricaturas. Ahí coincidieron multitud de periodistas jóvenes que comenzaban su carrera, como el escritor y director adjunto de El País, Juan Cruz Ruiz. Y otros nombres que les sonarán, como Andrés Chaves, Álvaro Castañeda, Modesto Delgado, Somar, Antonio Lemus y muchos más... No busquen su nombre. Entonces Salvador firmaba con el pseudónimo Paladín. En aquella época se formaban colas para comprar ese semanario al precio de una con cincuenta y dos pesetas.

Algo haría bien cuando enseguida comenzó a escribir en El Día, como corresponsal de toda la zona norte, con La Guancha incluida, donde tuvieron un impacto importante sus amplias entrevistas a personajes relevantes en ese momento. Toda la generación de gobernantes de ayuntamientos, Cabildo de Tenerife y hasta Gobierno de Canarias pasó antes, en sus comienzos o ya en el cargo, por la tortura del interrogatorio, el tercer grado, de Salvador Pérez.

Como profesor, nuestro homenajeado de esta noche llevó el periodismo a las aulas, se preocupó de instruir a sus cientos de alumnos en el arte de la comunicación, la expresión oral, la redacción y la ortografía. Ilusionó a sus estudiantes confeccionando periódicos, como *Tiempo de niños* en La Tarde.

Además de periodista y maestro, encontramos en él a un auténtico intelectual y un agitador y faro cultural. Revitalizó todo tipo de ferias y actividad

cultural en el norte y reivindicó que los señoritos de la capital también tuvieran en cuenta a esta productiva zona de la isla. Destacable ha sido su trabajo como fomentador de la cultura en el Centro Cultural Unión Y Fraternidad y su esencial participación en la creación y desarrollo de las Ferias. Es un prolífico escritor, como lo demuestra en los libros sobre La Banda de Música y el Instituto.

Junto con Aurora, preside la Fundación Carlos Salvador y Beatriz, ambos chico y chica tan presentes esta noche. Hoy, un 19 de marzo, el día del padre.

Salvador Pérez ha sido el mejor embajador que podía imaginar ningún lugar y esa fortuna le ha tocado a La Guancha

Con todos los respetos a la distinción de esta noche, desde el primer día que lo conocí, recuerdo al querido maestro como cronista de su tierra, y sembró La Guancha en mi cabeza. Hasta donde supe, presumía de guanchero y puso este Tibet inalcanzable, a veces samborondiano (por ocultarse tras el mar de nubes), en el mapa de la más vibrante actualidad cultural y etnográfica de Canarias, enseñando estos parajes a escritores, actrices, intelectuales, ilustres personajes de la ciencia y la cultura.

FINAL

Muchas felicitaciones, alcalde, corporación entera, por la justicia institucional e histórica que se le hace esta noche a Salvador Pérez. Desconozco si se imaginan el calado de su decisión. Y siquiera si han llegado a pensar de verdad lo que les espera con este gigantesco tsunami de conocimiento, ideas y propuestas...

Como se pueden imaginar, para mí es un honor esta noche estar aquí.

Aquí con él, con ustedes, y aquí arriba, sintiéndome por casualidad y sin merecerlo la voz de tantos hombres, mujeres, jóvenes, a las que Salvador Pérez ha cambiado y enriquecido su vida y que, como un imán, ha ido empadronando (ilegalmente, por supuesto) con certificados de guancheros de adopción.

Todos, todas, ... unidas bajo un lema que nos acompaña y nos ha marcado desde que conocimos a Salvador Pérez. Su frase de Fernando Pessoa:

“pon todo lo que eres en lo mínimo que hagas”.

Muchas gracias